

ALANDALUS

Oriente en Occidente

EMILIO GONZÁLEZ FERRÍN

Alandalus. Oriente en Occidente

© Emilio González Ferrín, 2024

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2024

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: reverté-aguilar

Imágenes: p. 95 (CC BY-SA 3.0/Wikimedia Commons); p. 104 (Shutterstock); p. 106 (d.p./Biblioteca Nacional de España); p. 120 (Tyk, CC BY-SA 3.0/Wikimedia Commons); p. 144 (Shutterstock); p. 147 (Rui Ornelas, CC BY-SA 2.0/Wikimedia Commons); p. 157 (d.p.); p. 170 (d.p./Escorial Library); p. 179 (d.p.); p. 185 (CC BY-SA3.0/Wikimedia Commons).



ISBN: 978-84-1361-314-7

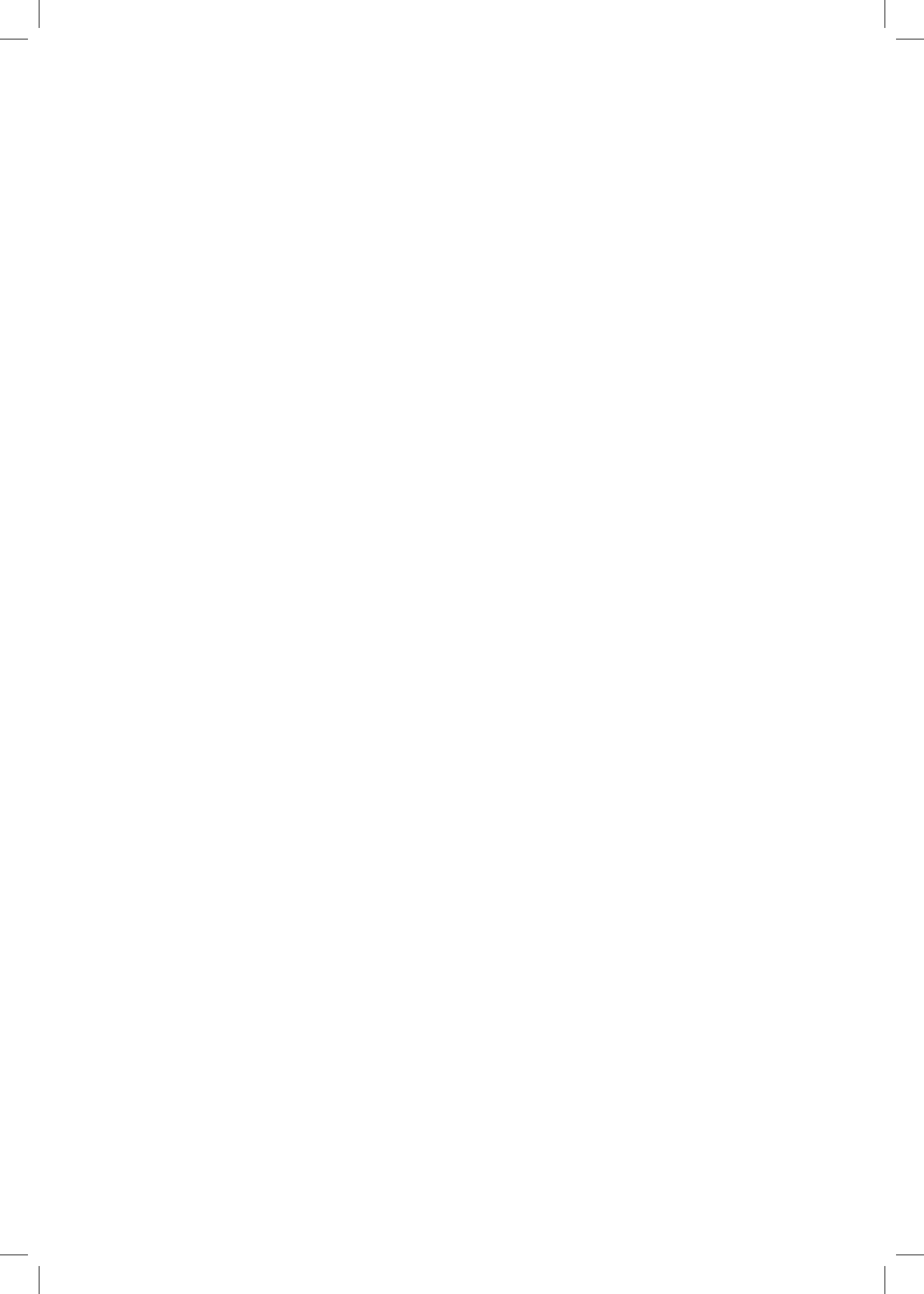
Depósito legal: B 16716-2024

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prolegómenos	7
Moros en la costa	25
<i>Rex Hispaniae</i> y lo árabe	57
La construcción de un califato	85
Las aceifas del caudillo	111
Repúblicas italianas con turbantes	139
Rumbo al Renacimiento	163
Perdiendo el sur	199
Obras de consulta	229



Prolegómenos

España se forjó desde el sur, pero el relato de su historia se construye desde el norte, debido a mitos de poco fundamento histórico y mucha raigambre sentimental. También Portugal se forjó culturalmente desde el sur, pero allí, y pese a que su trama política independiente sí que se armó desde el norte, no tienen ninguna querencia histórica que les obligue a pensarse hijos de Asturias o deberse a misión trascendental alguna; a presentarse como unidad de destino en lo universal, en definitiva. El sur es, a los efectos geográficos que nos atañen, el Mediterráneo. Siempre existió una cierta caja de resonancia mediterránea en la que han repercutido, de un modo natural, las ideas que artificial y trascendentalmente reordenamos en nuestros relatos.

Este libro no parte ni trata de ideas como Estado o patria. El nacimiento de España como Estado atañe a los historiadores del Derecho, y el sentimiento de la patria concierne a los poetas. Tampoco trata este libro de los españoles, lo que quiera que signifique esto, más allá de aquellos que provienen de una tierra determinada, sino que va de lo ocurrido en una extensión concreta de regiones europeas: los valles de los ríos del suroeste europeo.

Trata de la España geográfica, la peninsular, según comprendió el gran poeta portugués Luis de Camoens. Este libro trata de aquella que se llamó una vez Iberia, después Hispania, Spania, Alandalus y hasta Sefarad, ya desde la memoria aderezada por la nostalgia. Mal asunto, este. La nostalgia crea identidades colectivas que son un artificio sentimental sustitutivo de lo individual. No trata este libro de esencialismos, sino de circunstancialismos, de contingencias: de tratar de comprender las cosas acaecidas en un sitio y las causas o efectos en torno a ellas. En concreto, nos centraremos en una de esas citadas denominaciones: Alandalus, que se corresponde con la época en que la lengua árabe protagonizó la vida cultural peninsular. El arco cronológico que nos ocupa se extiende con claridad desde el siglo IX hasta finales del XV, pero las cosas no empiezan ni terminan tan de pronto, por lo que incluiremos barridos previos y contemplaremos estelas postreras.

No es esta una historia sentimental, insinuaba con la alusión a lo poético. Es más bien fría. Cínica, añadiría. Detectivesca, si me presento desde los modos de observación, deducción y reconstrucción de una acción y sus implicaciones. Se trata de llegar a un lugar y preguntarnos qué ha pasado aquí. Digo «aquí» porque escribo desde ese territorio llamado España, sin que ello me lleve a partir de un punto de vista determinado ni suponga presupuesto alguno. Escribo desde España como podría hacerlo desde Canadá, ya que eso de lo virtual es hoy un gran balón de oxígeno para quienes no pertenecemos exactamente a un determinado esencialismo, sino que nos movemos con algo más de soltura en la cosmópolis. Pues bien, esa tierra como otra cualquiera, a una de cuyas épocas vamos a dedicarle algún tiempo de análisis; esa España que se forjó

desde el sur, según nuestra línea inicial, incluye unos logros y soluciones culturales que se han ido complementando época tras época. Sin poder excluirse a ninguna de ellas. Espigaremos así cuanto pudo presentarse, organizarse, realizarse con suficiente alcance y repercusión como para que, con claridad, defina culturalmente a ese territorio durante un espacio de tiempo determinado. En este sentido, cabe un adelanto: no me interesa a quién representa o no ese tiempo andalusí desde un hoy poético; tan solo pretendo destacar que marcó unos contenidos culturales bien concretos. No son nada extraordinarios, pues complementan y en gran medida coinciden con la cultura predominante en el resto de la cuenca mediterránea suroriental. Pero sí son contenidos específicos y atípicos por lo mismo, por ser orientales y haberse dado en un rincón de Europa. Tampoco es esta una entrada de Wikipedia. Quien busque un cierto quién es quién, cuánto y dónde, puede acudir a miles de fuentes posibles para aclarar lo cuantitativo. A mí me interesa lo cualitativo, que aquí llamaré lo historiológico. Es decir, el remanso mental que deja una reflexión sobre los rápidos, las cataratas, los pantanos; el normal fluir de aquel tiempo sobre un territorio concreto.

En esas estamos: en términos generales, la geografía siempre manda y la característica más destacable de este territorio con tantos nombres es su carácter peninsular. Esto podría apuntar a una cierta tendencia aislacionista; no en balde, un territorio separado por el mar en sus cuatro puntos cardinales, salvando un noreste montañoso que, a su vez, lo separa del continente al que pertenece, podría darnos la errónea impresión de que se trata de un aislacionismo histórico. Pero es solo una cuestión semántica: el mar separa a esa península del norte y del oeste, pero resulta que la une con el sureste. Si se contempla el mapa de España, esa

piel de toro instalada en las colgaduras de Europa, se podría pensar que el Mediterráneo la aísla del sur y del Oriente, pero eso es tomar lo conectivo por disruptivo. Porque precisamente la historia peninsular está forjada desde el sur, decimos de nuevo, al ser ese «mar blanco del centro» —según su descripción árabe, pues así es como se le llama en esa lengua— el cauce por el que llegaron a España todas las ideas y novedades que pudieron polinizar su andadura cultural. Al menos hasta la ya muy tardía conexión atlántica, con ocasionales excepciones de filtración pirenaica. Pero poco había al otro lado de los Pirineos que pudiese aportar novedad civilizadora a la España geográfica que nos atañe, como mínimo hasta el siglo VIII, con su revolución carolingia (por Carlomagno) y hasta el X con la extraña Europa no mediterránea de Cluny —el integrista catolicismo europeo, tan ajeno al Mediterráneo hispano—, dado que todo lo anterior que pudo entrar desde Francia —los visigodos, muy particularmente—, en realidad solo era un aluvión demográfico con coletazos de la misma cultura que ya estaba instalada entonces en la península: Roma.

Así que somos hijos de Roma, como de tantos otros. Alandalus es hija de Roma, tanto la occidental como la oriental, con la impronta de esta última menos marcada en el resto de Europa, salvando la Italia adriática. Desde antes, durante y después de Roma, el Mediterráneo fue siempre un lago de conexión. No caigamos en presentismos: en la clásica descripción del especialista en Oriente Medio Bichara Khader, el hecho de que este mar ya no sea hoy un puente, sino un foso, no debe hacernos olvidar su pasado. Fue siempre una piel de tambor; un mar transitado en el que la rosa de los vientos marcó los cuatro puntos posibles de interconexión:

norte, sur, oriente y occidente, tensando sobre sus aguas una peculiar caja de resonancia que repercutía lo producido en uno de sus puntos sobre el resto de las direcciones posibles.

De modo que comprender la homogeneidad de la cultura mediterránea implica ya, de por sí, la ruptura con el vetusto paradigma centroeuropeo de la historia como cadena de irrupciones. De paso, nos preparará para una lectura natural de cuanto este libro pretende: contemplar una época determinada de nuestra historia —sigo escribiendo desde España— en la que cualquier descripción de lo acaecido, lo creado, hablado, escrito o rezado tenía una clara ascendencia oriental, si bien se estaba produciendo en Occidente. Pero no perdamos de vista la novedad de estas ideas, habida cuenta del paradigma centroeuropeo por contraste. A este arquetipo yo lo suelo mencionar como el paradigma de Pirenne, el nombre de su autor, el historiador belga Henri Pirenne (m. 1935), quien lo sentenció en un libro de evidente voluntad polarizadora: *Mahoma y Carlomagno*. Le dedicaremos algún tiempo al final, pero ahora me interesa destacar su idea fuerza: que Europa del norte heredó a Roma, mientras Europa del sur se sumió en el caos islámico a partir del siglo VII. Según esto y desde entonces, aquel lago de paz y comercio que era el Mediterráneo clásico romano, se convirtió en el palenque de enfrentamiento entre Oriente y Occidente.

Este libro pretende mostrar exacta y precisamente lo contrario. No solo es el sur mediterráneo la clave de continuidad civilizada grecolatina, sino que la permanente circulación de ideas, bienes y personas en ese lago de conexión propició la creación de una entidad cultural extraña desde nuestra actualidad: Alandalus,

una evidente porción de Oriente en Occidente que coincidía con la extensión de la mayor parte de la península ibérica y que siempre se ha contemplado como una porción extrapolable en el relato de nuestra historia europea. Desde la propia denominación al uso, se ha pretendido la forja de una alteridad, de una colonia extraña en el seno de la Europa sureña, razón por la que intento aquí precisamente descolonizar nuestra propia historia para comprender la coherencia secuencial de todas sus fases. Me refería a la denominación: mientras asumimos como natural una serie de arabismos en nuestra lengua y los escribimos sin aditamentos extraños —como azúcar, almohada, aceite, almendra, alféizar—, resulta que al nombre de Iberia o Hispania en árabe, *Alandalus*, se le coloca usualmente un guion alienante: «al-Ándalus», lo que contribuye al enrarecimiento denominativo que indudablemente marcará un distanciamiento de la comprensión.

Alandalus es el nombre árabe de la península ibérica. Yo acentúo al hablar la segunda sílaba, pero no me atrevo a colocarle una tilde (*Alándalus*) porque no queda claro que fuera palabra esdrújula, sino probablemente llana. E insisto en lo geográfico del término: no hablan las crónicas árabes medievales de los reinos cristianos *al norte de Alandalus*, sino *en el norte* del mismo, razón por la que me permito insistir en el carácter neutral descriptivo de ese topónimo, *Alandalus*. Definirlo como la España musulmana es de una ignorancia supina —la España musulmana es el conjunto de los musulmanes en tal país—, y hablar de la España islámica remite a la cultura del Islam, demasiado genérica por abarcar desde *Alandalus* hasta la India o la provincia china de Sinkiang. Por eso prefiero calificarlo al modo decimonónico: la España árabe, dado que la principal característica cultural de su tiempo, su verdadera especificidad, era la expresión culta escrita en la lengua

árabe, al margen de la religión de cada cual. La musulmanización de lo andalusí es una de las claves de su «colonización narrativa».

Por lo que a la etimología se refiere, yo veo claro que Alandalus viene de Atlantis pasando por una sonorización y cierre vocálico final: «Adlandus». A falta siempre de que en el futuro pueda aparecer documentación más fiable, hay que remitirse tanto al *Timeo* como al *Critias* de Platón, en los que aparecen referencias en griego, evidentemente, a *Atlantis nesos*, que en latín será *insula Atlantis* (la isla del gigante Atlas), al margen de cualquier posible relación mítica con la célebre Atlántida, pero situada, en todo caso, a las alturas de las columnas de Hércules: el estrecho de Gibraltar. Esa construcción de «isla de Atlas» se calcará después en árabe como *yasirat Adlandus* > *yasirat Alandalus*, que es como aparece en las crónicas árabes, y cuya traducción literal es «la isla de Alandalus», y por extensión: la península. En el rechazo a esta etimología, en cualquier caso menos especulativa que otras como las denominaciones de «tierra de los vándalos» o de «tierras de campo», por un inventado término gótico prealemán *länder haus* —sin ocurrencia en crónica alguna—, entiendo que hay un claro enfrentamiento al natural trasvase del mundo helénico al árabe, así como una obsesión por los godos en toda interpretación fontanal de nuestra historia peninsular.

En esta lectura de cuanto implica Alandalus destacaré siempre un posible acercamiento multidisciplinar a lo que evoca ese tiempo. El aspecto más destacado es su proyección y lectura global histórica, en tanto pieza insustituible, eslabón, templada y rítmica continuación desde la Antigüedad tardía oriental, pasando por una más iluminada Edad Media (que siempre se nos muestra

oscura), hasta llegar a un Renacimiento menos genésico de como se nos presenta habitualmente. Es evidente que esta puesta en valor del continuismo andalusí ilustra, por una parte, la naturalidad crítica de los procesos históricos y, por otra, la indudable orientalización de las fuentes culturales de Europa.

La caja de resonancia mediterránea hizo posible un mundo oriental en pleno Occidente, Alandalus. No creo que equivalga a descubrir de nuevo tal mar el recordar que cada elemento civilizador incorporado a la península ibérica desde el exterior llegó en barco y por el sureste. Siempre propongo voltear el mapa peninsular para comprender plenamente su playa de desembarco civilizador: la línea costera que va desde Almería a Denia es el lado sobre el que descansa el polígono ibérico como puerta occidental de cuanto en Oriente Medio tiene la oriental, en Italia y Grecia en toda su extensión, la norteña, así como en la cornisa norteafricana su cuarto lado sureño. Cuatro caras de una misma autopista marítima de conexiones, posibilitadas por el permanente cabotaje entre ciudades costeras que griegos, fenicio-cartagineses y romano-bizantinos fundaron a lo largo de milenios. En la terminología literaria orientalista de principios del xx, podríamos decir que esa conectividad de la civilización islámica era una cadena de ciudades en el desierto respunteadas por alminares. Pues bien, en el intercambio de ideas, bienes y personas entre esos cuatro puntos cardinales de un único «mar nuestro», esas dos líneas conectivas —las ciudades costeras y las capitales de caravasares en segunda línea interior— han sustentado durante milenios un sistema comercial únicamente interrumpido durante tres siglos, del xvi al xix.

Un paseo por los restos arquitectónicos y museos libaneses de Tiro, Biblos o especialmente Beirut, dejará boquiabierto a cualquiera ante las filigranas de oro del trabajoso arte ornamental fenicio, que parece haberse llevado el tesoro tartésico del Carambolo, encontrado en Sevilla, a las vitrinas de salas libanesas en las que también se muestran enormes sarcófagos fenicios, semejantes a los que nos saludan desde la entrada del museo de Cádiz. Otro paseo por el museo tunecino de El Bardo o por el castillo rojo de Trípoli convencerá al visitante de que la Dama de Elche es, en realidad, la reina Dido, o Elisa en la lengua local. Y qué decir del elemento griego, en permanente juego de espejos múltiples, desde los yacimientos turdetanos extremeños de Turuñuelo hasta la actual costa turca, pasando por todas las islas del Mediterráneo. Si extendemos lo anecdótico de los objetos a la expansión de las ciudades, un último paseo desde la Roma africana, a través de las antiguas Volubilis y Timgad o Leptis Magna, hasta la del Próximo Oriente por las ciudades de Gerasa o Palmira, nos convencerá de que a Roma hay que estudiarla desde el sur, igual que es desde esas mismas latitudes que hay que comprender el pensamiento filosófico tardo-antiguo, el neoplatonismo, para encajar las tres religiones monoteístas en sus engarces teológicos.

«Las naves de Tarsis eran como las caravanas que traían tus mercancías», dice la Biblia [Ezequiel 27,25]. Se especula sobre si esta Tarsis es una ciudad turca o es la homónima de las viejas minas onubenses, porque el rosario denominativo de localidades, personas, dioses y elementos de la naturaleza en la cuenca mediterránea parece distribuido por capas homogéneas. Capas en las que Córdoba y Cartago comparten reparto silábico, como mucho después

lo harían Nápoles y Nablus, hoy en día asignadas a galaxias narrativas diferentes. Pero no podemos estar pensando el pasado de modo permanente, con las herramientas prejuiciosas del presentismo. A todo lo anterior hay que incorporarle un lazo de suma y sigue, legado intelectual del gran observador del arte y cultura orientales Juan Carlos Ruiz Souza: las personas, las ideas y las formas siempre han viajado. Pero no necesariamente juntas. Que un obispo de Sevilla se llamase Isidoro («regalo de Isis») no implica invasión egipcia de la ciudad ibérica, como tampoco denota invasión norteamericana de Australia el hecho de que la moneda de este país sea el dólar.

Debemos empezar a comprender la historia de esta conectividad mediterránea como un solo proceso de actores similares en superposición de papeles, en los que el movimiento comercial y cultural —religiones, mercancías, personas— incluyó a la península ibérica en ese concierto de resonancias mutuas, pero siempre unida a Oriente desde aquella playa de desembarco civilizador: de Almería a Denia, con punto central en Cartagena, el acceso por excelencia a la autopista del Mediterráneo. Todo vino de Oriente y por el sur, pero no siempre, ni necesariamente, después de plantarse la bota militar en las costas ibéricas. Y aquí dejo unas ideas para su consideración: las tres religiones monoteístas provienen del mismo sitio y se expandieron del mismo modo. Las capas civilizadoras reconocibles —hasta este momento: griega, fenicio-cartaginesa, romano-bizantina— no siempre se extendieron por invasiones, sino que muchas veces consistían en exportaciones de ideas o traslados naturales de población (lo más sorprendente en el tratamiento europeo de la llegada de poblaciones nuevas es precisamente la sorpresa: cómo es posible que sorprenda lo que lleva produciéndose desde hace milenios). Y otra idea de suma y

sigue: Roma era un sistema centralista. Cartago también. Pero la presencia griega y fenicia no respondía a un mismo sistema de colonización y sucursales, sino de «franquicias». Pues bien, no tenemos razón alguna para pensar que la civilización del Islam se expandiera al modo romano. Jamás hubo una capital del Islam, al margen de las narraciones mítico-religiosas.

Alandalus, enésima aculturación oriental de la península ibérica, responde a los mismos esquemas de cuanto podemos denominar una simbiosis creativa. Una interacción, polinización mutua o intercambio de influencias común en el Mediterráneo, cuyo motor no ha sido nunca, ni mucho menos, la obsesión religiosa que describen algunos desde el cómodo presente, sino la causa primera en todo encuentro entre los pueblos: el comercio. Este concepto de simbiosis creativa tiene ya bastante recorrido, al menos desde 1967, con la aparición de la obra del arabista Shlomo Zev Goitein: *A Mediterranean Society*. En ella, el autor ya no presenta la por entonces usual historia del Mediterráneo según la pretendida asepsia y enfrentamiento de las corporaciones religiosas (judaísmo, cristianismo e islam), sino que tras fondear sistemáticamente en la intertextualidad de tres lenguas relacionadas (árabe, hebreo y latín), acaba proponiendo su citada tesis de la *simbiosis creativa*.

Para Goitein, no existen mundos culturales compilados de un modo autoinmune. Nada hay en el Mediterráneo que no se esté construyendo de modo permanente, desde los dogmas hasta las cornisas. Ya sea la poesía hebrea, basada en la árabe; ya sea la ciencia árabe, basada en la griega, o el mundo latino del pre-Renacimiento europeo, construido con la base de los tres anteriores. Mi lectura de lo andalusí arriesgará un paso más: tal simbiosis

creativa parece aludir a mundos diferentes que se mezclan, cuando lo que realmente existe es uno solo en permanente mutación, tanto religiosa como idiomática. Los mismos pueblos evolucionan en ambos sentidos, sin que ello implique, por sistema, inconsistentes tesis de invasión o conquista, y mucho menos la preexistencia de mundos culturales esencialmente opuestos, como se deduce del mencionado paradigma Pirenne, o la ruptura de la paz euromediterránea por la aparición del Islam.

Este darle vueltas inicial a nuestra materia central, la orientalización de Europa a través de lo andalusí, me lleva también, ineludiblemente, al trabajo del historiador Richard Bulliet, *Las vistas desde los límites* (1994), en el que se incluyen interesantes aportaciones sobre los conceptos de centro y periferia, en el mismo sentido al que yo aludía con los modos centralista (Roma) y descentralizado (los fenicios). Entre estos modos de comprender la interacción mediterránea, yo apuesto por un modelo islámico más cerca del fenicio que del romano, aunque, como decía antes, el Islam es el heredero de la Roma oriental en tanto que civilización. Porque la civilización islámica es la continuación natural de Bizancio en sus fuentes de Derecho, en sus modos artísticos y en su convencimiento de ser sucesora de la Grecia clásica. Por supuesto, mi interpretación no proviene de fuentes recientes, sino de las tradicionales, aunque vistas con ojos nuevos (ya llegaremos al asunto de las fuentes). Pero avancemos algo ya: la usual percepción de Alandalus como parte de una extraña derivación occidental de determinados poderes orientales impuestos —una invasión—, depende, a su vez, de que esos poderes orientales decapitasen toda vida cultural romana previa. El análisis de lo

islámico, desde sus orígenes, se expresa exclusivamente en términos deportivos y belicistas, a la espera siempre de un «retorno de los nuestros». La Reconquista, como se llamará en España, o el «retorno al islam» en otros círculos, será el modo de expresar una conversión religiosa. Este tipo de reduccionismos posibilita absurdos intelectuales del tipo de «somos hijos de los conquistadores, no de los conquistados» y viceversa, en sendas versiones neogótica o neomorisca de un mismo absurdo: pensar que la identidad cultural que se elige en el presente depende de secuencias genéticas provenientes del pasado remoto.

Si lo anterior estuviese fundamentado en una historiografía indiscutible, poco habría que decir sino asumirlo. Pero no es el caso. Es todo una cuestión de interpretación literaria ante la ausencia de fuentes claras, por lo que, por el contrario, y tras la lectura de Richard Bulliet, la historia parece funcionar menos en términos de círculos concéntricos —como la piedra en el lago y sus ondas expansivas— y más en un «acuerdo polifónico de periferias» en probada simbiosis —por su propia esencia, distintas del centro—, una interacción cultural a la que se acabará sumando el centro. Dicho de otro modo: no es la aldea de Belén el origen del constantinismo —en el año 300, el emperador romano Constantino aprovechó la posible cohesión cristiana de sus pueblos para reideologizar Roma y monopolizar su discurso y poder—, sino que Constantino es quien dio un sentido narrativo a Belén. Bulliet, aplica al extremo oriental, Irán, cuanto es aplicable a Alandalus por lo mismo. Desde las periferias se configura el mundo cultural, sin estar a la espera de consignas de un centro. Y es la caja de resonancia mediterránea la que permitía tal interacción coordinada, tal simbiosis. El mundo no siempre funciona a base de caballerías milagrosas que traen nuevas ideas en sus alforjas, sino

que la transformación diaria del presente —cuantitativa, en lenta decantación— matiza y convierte en propias las ideas que podían presentarse como ajenas. La suma de tantos cambios cuantitativos produce un cambio final cualitativo, en expresión hegeliana. En efecto, fue el filósofo Hegel quien planteó que las transformaciones históricas no se producen de la noche a la mañana, sino como las gotas de agua en un vaso (cambios cuantitativos), cuya última aportación lo hace desbordar (cambio cualitativo). Así, Alandalus es una lenta retroalimentación de lo oriental, sobre la base de unas poblaciones arabizadas y conectadas desde siempre por el mecanismo esencial del Mediterráneo: el comercio.

Para comprender estas lentas decantaciones o estos mundos en permanente reelaboración, contamos, desde 1976, con la cadenciosa interpretación intrahistórica del historiador Elyahu Ashtor. Sin entrar en la sempiterna explicación milagrosa de los procesos —Alandalus como milagro conquistador de unas minorías perfectamente musulmanizadas—, mal fundamentada en razones o sinrazones religiosas, Ashtor nos presenta una historia social y económica del Mediterráneo islámico mucho más natural —comercial, decíamos— y más explicable que en los manuales obsoletos, en los que se afirma que el Islam fue un revulsivo repentino, una invasión que cambió en pocos años el curso de la historia (Ashtor, 1976). Para este historiador, el éxito de *Dar al-Islam* —expresión árabe que se refiere a la civilización del Islam, distinguible de la religión musulmana—, se basa en una «revolución verde» que no tiene que ver con el color del islam religioso. No es una revolución de creencias, sino la del regadío, la fertilidad, lo agrícola. Así, la verdadera revolución medieval no fue tanto ideológica como

comercial, de intercambio de productos diferentes que solo se cultivaban en regiones lejanas. Evidentemente, Ashtor se refiere a productos transportables —de modo especial a las especias—, no a las frutas y verduras. Esa revolución verde incidió más en modos de producción y, sobre todo, transporte, que en las consabidas traslaciones religioso-imperiales.

Con todas las posibles salvedades y matizaciones, la tesis comercial de Ashtor convierte a Alandalus en puerta de Europa, no en avanzadilla beduina. El comercio del papel, las sedas, los esclavos, el oro, la sal o las especias, así como el trasvase de *know-how* oriental (arquitectura, medicina, astronomía), explican un sístole y diástole andalusí que se sumará a otras orientalizaciones de lo europeo en Venecia y Sicilia, por ejemplo. Esta permanente conectividad comercial bombea un sistema cultural, el Islam —insisto, distinto de la religión musulmana, dado que este incluye también a judíos o cristianos que se expresaban en árabe tanto en Alandalus como en el resto del Mediterráneo—, que a lo largo de los siglos fue decayendo hasta su colapso final por relevo europeo en el siglo xv. Porque esa Europa de finales de 1400 acabó puenteando el comercio mediterráneo mediante la circunvalación portuguesa de África y la apertura de nuevas rutas a América. El comercio y el intercambio de personas, ideas y bienes por toda esa caja de resonancia mediterránea, que había sido la clave del éxito de la cultura del Islam y su parte europea, Alandalus, acabarían por angostarlo al prosperar, en esos mismos ámbitos, sus competidores: Portugal, Castilla y Aragón. No es un fallo andalusí, ni tampoco un palenque de moros frente a cristianos, como se representa en los pasacalles alicantinos, sino el éxito de otra Europa posible. No es una historia de decadencias, sino de surgimientos y sustitución.

La lectura historiográfica de Alandalus arroja, de esta manera, más interrogantes, hipótesis, probabilidades y menos dogmas, religiosos o academicistas. En estas páginas estoy proponiendo un diálogo entre disciplinas, una lectura no inducida de las fuentes y un desdén por todo relato que no se base en las mismas. Planteo una interpretación que redunde menos en la tradición escolástica —ya sea clerical o academicista— y más en la necesaria búsqueda de razones creíbles para las cosas. Trato de mostrar un Alandalus, Oriente en Occidente, a la altura de su tiempo, desprovisto de yihadismos, cruzadismos, conquistas y reconquistas, que no son sino excusas construidas para tapar huecos de los relatos del presente, o inventos presentes para cubrir naturalidades pasadas.

Y en esta lectura historiográfica de lo andalusí, siempre desde el prisma de la conectividad mediterránea —de nuevo: el mar como puente pasado, y no como el foso actual—, procederé acercándome a aquellas obras y remanentes en los que se trasluce aún la natural diversidad política y cultural mediterránea, así como su conectividad, por encima del mito de una cultura islámica basada en una claridad musulmana originaria, impuesta por la fuerza efímera de siglos de conquista anulados por etéreas reconquistas. No menos relevante será la aportación de muchos otros trabajos con los que se puede fundamentar una coherente lectura de la orientalización europea de Alandalus como hija de su tiempo —la Antigüedad tardía oriental— y madre del tiempo posterior —el Renacimiento occidental—. Desde estos prolegómenos, confío en haber mostrado con claridad la trama esencial de la obra. El nombre del capítulo no es casual; homenajea al padre de la filosofía de la historia, el tunecino de ascendencia andalusí Ibn Jaldún (m. 1406), espantado vigía de Oriente que supo ver, a las alturas del siglo XIII, que

Occidente se había adueñado de las herramientas necesarias para constituir un día el relevo civilizador. Y percibió en Alandalus que Europa había culminado su formación. Oriental, evidentemente.